

## RESEÑA

-Que resultó, sin proponérselo, ser réplica a otra Reseña-

**MAX WEBER. La Pasión del pensamiento** Joachim RADKAU, Fondo de Cultura Económica, México, 2011, Primera Edición, 1086 páginas, Traducción de Edda Webbels)

En buena hora, la editorial mexicana se propuso traducirlo y editarlo. Venía precedido el texto de varias referencias polémicas en revistas especializadas. Es bien probable que este historiador de la neurosis y otras “psicopatologías de la vida cotidiana” se haya interesado en Weber por tratarse de un “caso” célebre, de un pensador conocido cuyos trastornos y males quedaron expuestos en detalle por su viuda y primera biógrafa Doña Marianne, y el conocerlos hace parte de la sabiduría convencional; lo cual no querría decir, necesariamente, que no esté dotado y sensibilizado para ofrecer una semblanza de conjunto, para adentrarse en aspectos sustantivos de su obra, su significación, sus proyecciones etc. Denota haber pasado mucho tiempo en los archivos de Heidelberg, haber trajinado la literatura más especializada, y mantenido una correspondencia y un intercambio constante con especialistas como Schluchter y otros, amén de haber alcanzado a conocer y entrevistar a la propia Doña Marianne. No es desde luego una biografía intelectual, pero es que tal vez tampoco pretende serlo. Llevado de su asunto toma el caso célebre, ya divulgado y documentado de un gran pensador con trastornos nerviosos, y lo reexamina a la luz de un material íntimo al que ninguno de los biógrafos anteriores tuvo acceso. Cuando se trata de autobiografías, de las confesiones más sinceras por parte de un gran autor, ya está bien establecido respecto de confesiones autobiográficas como las de Cellini, Rousseau o Heine, que ni con la mejor voluntad de honradez puede un autor decir la verdad sobre sí mismo. Con más veras, podría decirse que ni con la mejor voluntad de honradez puede su viuda decir la verdad, la íntegra verdad sobre un autor. He ahí porqué resulta indispensable haber acopiado, sopesado y en fin ponderado material íntimo al cual las dificultades para acceder a él, el pudor o la moral predominante habían llevado a ignorar o a soslayar. Y ya era hora, pues, por ejemplo, un investigador tan sagaz como Mitzmann, y tan

dotado para el psicoanálisis, si bien conoció y pudo entrevistar a Else Jaffé y servirse de su colaboración crítica, solo supo por boca de ella que su relación con Max Weber fue de amistad, y así lo consignó hasta el final de su obra. (Cfr: The Iron Cage The Universal Library, 1971 Acknowledgments. p.ix, y páginas 282-284 ) Sí: casi todo lo que se incluye aquí sobre la vida personal y privada de Weber se sabía ya, pero la secuencia y la contrastación de las fuentes es nueva, y siendo muy discutible una de las tesis centrales y el núcleo argumentativo acerca de la naturaleza, el modo de hilvanar los datos de la subjetividad y los múltiples testimonios, les confiere un sentido nuevo, muy convincente a nuestro juicio. No es asunto de poca monta; algo va de la Else Jaffé, deferente amiga, amable confidente, que conoce Mitzmann, y la Else Jaffé, amante apasionada cuya correspondencia más íntima- que tardó en salir a la luz, escruta Radkau.

Como lector que conocía, y había estado utilizando con fines pedagógicos, las biografías de Bendix, de Mitzmann y de Marianne Weber, tras leer la de Radkau obtengo una semblanza más completa, y una respuesta satisfactoria a muchos de los interrogantes que dichas biografías me dejaron. Ni voyeurismo ni pornografía, Weber sale indemne de tal secuencia de revelaciones, no pierde nada de la fuerza de su existencia concreta, el saber los detalles de las debilidades de su condición humana que se revelan ahora. Más bien al contrario, al igual que el Bloom de Joyce, tras pasar por ese tamiz, es el hombre lo que queda, nada de más, nada de menos, y muchos aspectos de su labor intelectual son mejor comprendidos. Pues una idea de la que hasta el lector menos alerta se persuade, y de manera convincente, es la idea fáustica aplicada al caso: debido al sufrimiento el ser humano puede alcanzar un discernimiento superior. Difícilmente un lector guiado por el morbo irá a acometer las más de mil páginas de este libro, del cual las revelaciones que pudiéramos llamar escabrosas son apenas una ínfima porción

Si se la compara con la de las anteriores biografías, la documentación aportada es inmensa, y tuvo Radkau el buen juicio, el olfato diríamos, de explorar aquello que el pudor de Marianne le vedó en su versión, como también aquello que ella no pudo conocer por tratarse de ser la esposa del biografiado: mucho de la algarada estudiantil, las infidencias de los camaradas y amigos de ése período, la correspondencia con las amantes, el gusto por el alcohol, y la oscilación a la abstinencia. Y un mérito más es que Radkau siendo un historiador de la neurastenia, habiendo explorado la época y su concepción de los trastornos neuróticos, se aparta a la vez de la interpretación puramente

psicoanalítica (hecha ya por Mitzmann, por cierto) Y se aparta en efecto de la hoy fácil tendencia a la desmitificación; no comparte esa aversión hacia los grandes hombres que se extendió junto con una versión simplificada de Freud. Al tener suficientes nociones de psicoanálisis, sabe muy bien qué se esconde detrás de la denigración de un espíritu superior. Y para esa dimensión subjetiva, los que se acopian son datos de los que no puede prescindirse. El nexos que guiado por esa idea pretende establecer Radkau es del todo válido.<sup>1</sup> Y los detalles que aporta, a simple vista escabrosos, pero esenciales. Mucho antes de Freud, Sainte-Beuve ya demostraba cómo la actitud hacia el erotismo y la vida sexual era uno de los ejes cardinales de la interpretación de una personalidad creadora.

El dato bien conocido de la enfermedad en la infancia, la meningitis, lo que se sabía en ése tiempo de ella, el miedo a la sinrazón, está explorado a una nueva luz, entrega claves al lector de hoy para entender la gratificación aumentada de los logros intelectuales del adolescente, sus motivaciones tempranas para tal desempeño.

Y respecto de ese otro eje esencial, la familia, tampoco Radkau aporta mayores novedades, pero la ventaja de la suya es que no es una descripción plana sino que va estableciendo las conexiones con aspectos muy determinados de la obra y de la actividad investigativa que la sustentó. Y de modo palmario, a propósito de esa existencia concreta, se hace patente que en principio la familia es un contexto en el que el cálculo no se ejerce, pero que históricamente el surgimiento de la empresa capitalista, en su núcleo, la empresa, así lo requirió. Y en cuanto a la familia, al igual que Mitzmann se vale del testimonio del sobrino de Weber, Baumgarten, filonazi él (algo que no es mencionado ni por Bendix, ni por Mitzmann, habiéndole dado este último incluso la posibilidad de la revisión de su manuscrito) pero a la vez que el testimonio, tiene en cuenta sus incongruencias, y el uso que en algún momento pretendió darle al concepto weberiano de carisma, para justificar su antigua admiración a Hitler. Y a modo de réplica viene citada Hannah Arendt de manera muy atinada acerca del despropósito de semejante interpretación.

Y se avanza en eso de la familia, siguiendo el rastro del rasgo de la irritabilidad, de esa especie de cólera apenas contenida que se palpa en sus mejores pasajes, al cual la mayoría de sus lectores le atribuye una parte del

---

<sup>1</sup> Como afirma muy bien Lewis Coser al prologar a Mitzmann: *"Most writers on Weber, even when they have noted his tormented personality, have tended to neglect it when focusing the development of his ideas"* *The Iron Cage, The Universal Library, 1971 p. VI.*

encanto de la obra y se va mostrando palmo a palmo, de modo verídico el desenfado, la despreocupación por la forma de sus textos, su concentración en lo auténtico del contenido. El enunciar las ideas por su arista más cortante, con toda la fuerza polémica, de modo intempestivo...y acertar “*este carnaval al que se da, para embellecerlo, el orgulloso nombre de “revolución”*” (La política como vocación) En Radkau dicho rasgo estilístico se rastrea desde sus primeras manifestaciones comenzando (-p.62-) y luego, más adelante, remata cuando adquiere un enunciado propio, pues trae muy bien a cuento la definición del propio Weber, su opción estética en cuanto a los textos que escribe: “*Me importa un bledo el estilo: yo escupo mis pensamientos*” (Citado p.209).

Ciencia de la realidad: ¡y cómo!; la decidida inclinación por lo empírico, el gusto que trasmite al diseñarlas, su decidida predilección por las grandes encuestas, no es el erudito que se nos suele presentar, exquisito lector de textos históricos y que a partir de ellos abstrae, como en las versiones canónicas y convencionales de las escuelas de sociología se nos muestra, sino alguien que en todo momento se halla alerta a las manifestaciones más inmediatas de la realidad sensible. Que tiene una sensibilidad empírica notable que aplica a todo problema que se plantea y que procura en la medida de lo posible hacer observaciones directas, sobre el terreno. Así como en su tesis sobre la situación agraria de la antigua Roma se empapa con la mayor minuciosidad de la quisicosa de la agrimensura, de los diversos métodos topográficos de esa época remota y de su técnica productiva sumergiéndose en los datos posibles hasta convertirse en una autoridad en el asunto; o respecto de la psicofísica del trabajo el modo en que se vale de sus nexos de parentesco con empresarios industriales para registrar datos sobre el terreno y hacer observaciones y entrevistas en el interior de las fábricas. Sentía una verdadera pasión por las grandes encuestas, queda claro.

Sabemos que las dotes de observador no son espontáneas, requieren un cultivo, una práctica constante, una disposición y una sensibilidad, sensibilidad empírica, en conjunto conforman un arte. Lo refinado del arte de la observación tal como lo practica el sujeto Max Weber, es lo que cautiva a lejanos discípulos como Bourdieu (citado con acierto en p.216: Entrevista publicada en alemán: *Mit Weber gegen Weber*) y tal vez sea alguien como Radkau que proviene de una disciplina distinta a la sociología quien mejor lo capte.

Y así, el programa que delinea para el Archiv en el conocido texto (1904): “*La ciencia social que queremos hacer es una ciencia de la realidad...*” (*Wirklichkeitwissenschaft*). Ese realismo que en cuanto a su propio proceso

formativo se halla ya en su lectura y admiración por Maquiavelo (¡a los doce años ¡¡¡¡ pp. 185-186)- Otra fórmula suya, de cuño maquiavélico: “*realismo despiadado contra visiones nebulosas*”. O “*Las cosas como son y no como deberían ser*” como lo dijo Don Nicolo.

No se escatima la exposición de las posturas políticas más crudas, e irreflexivas. El belicismo de Weber en sus escritos políticos de los inicios de la Gran Guerra, el evangelio de la lucha como un credo personal, y un imperativo para la nación, su juicio rotundo sobre el Káiser. (De los inicios de la Gran Guerra, sobre todo: *Entre dos leyes*) Y luego, tras el hundimiento de la Alemania Guillermina, las ideas que va formulando a caballo de los acontecimientos, las consecuencias internas de guerra, la derrota, la violencia callejera, los conatos de revolución en esos meses subsiguientes de la postguerra. Lo que es opinable y el modo en que va dando lugar a opiniones.

Como si se propusiera refutar la consabida mala interpretación de la neutralidad valorativa, que tanta escuela y tanta mella ha hecho (y atribuible ante todo a problemas semánticos y de traducción) como si consistiera en la postulación de la impavidez del investigador, en su indiferencia frente a los hechos inmediatos y conflictivos, se documenta aquí y de manera abundante al Weber político, al liberal nacionalista con conciencia ciudadana, a alguien a quien lo afectan los hechos de la vida política y que reacciona procurando influir en ellos en la medida de sus posibilidades.

Una idea arriesgada es la analogía que se pretende entre depresión y desencantamiento. Aquí sí que resulta claro, tal como se lo presenta, con las evidencias que se aportan, el nexo entre la condición subjetiva y el concepto para aprehender la realidad histórica. O la idea faústica, devenida tópico literario (en lo más reciente: en la novelística de Thomas Mann) del mal -o la enfermedad- como condición del entendimiento, de un conocer más hondo. Es un rasgo que atraviesa a la obra en su conjunto, es el toque del asunto, la enfermedad mental, el sufrimiento, prepara y nutre la actividad cognitiva. (pp. 190-191) Y, junto a eso es del todo ilustrativo, paso a paso como el quehacer universitario cotidiano se vuelve un tormento creciente, hasta que toma la honrada decisión de renunciar. Al punto que desde la perspectiva del neurólogo, un especialista, Hellpach, llega a considerar que la totalidad de su obra, todos sus trabajos, quedaron afectados por la enfermedad “*quedaron en fragmentos, fragmentos seguidos de un mar de pensamientos embrollados*”. (Diagnóstico citado p. 353) y sabe establecer Radkau la conexión de esa idea de alcanzar un discernimiento superior- aunque no siempre bien expresado- a través del

sufrimiento con su trasfondo religioso en religiones como el budismo, o el cristianismo. Al mismo tiempo la valoración de las distintas formas de religiosidad popular que carecen de sustento teológico, y se hallan bien diferenciadas respecto de la teología. Eso lo eleva a arte: la comprensión intuitiva de las mentalidades religiosas, y es una de las razones por las que *La Ética* es un texto imperecedero, un “*manjar espiritual*” al decir de Radkau, aunque en su versión más simplificada corresponda a la escueta moral burguesa. (p.383 y ss.) A juicio del biógrafo en parte es eso lo que explica su rápida difusión y su popularidad en los Estados Unidos.

El gran aprecio de Weber por su discípulo Michels, el profascista Michels (p.417) que se puede medir en el número - 132- y en el tono de las cartas que le dirigiera, se halla expuesto en el contexto al que pertenece, y se muestra acorde con las demás fuentes consultadas, entre ellas el propio Michels.

El arduo problema del orden y de la ley, está muy bien planteado. Aunque se Radkau despacha contra Carl Schmitt, ese “hijo natural” de Weber según la fórmula de Habermas, y en qué manera, en lo que plantea tal vez no sea consciente de todo lo que le debe a Schmitt ese modo de plantearlo, citando y apoyándose en un pasaje de Economía y Sociedad afirma que :

*“Weber toca un dilema hasta hoy no resuelto del (por) el positivismo jurídico: cómo se puede esperar de todos los seres humanos que cumplan la ley, incluyendo a los no juristas que no conocen el estado más reciente de la legislación, si el derecho solo se convierte en tal mediante coerción estatal y no se basa en una conciencia jurídica espontánea de los seres humanos”* (p.491)

Y tal vez no sea casual que pocas páginas más adelante (p.497) respecto del derecho natural encontramos una referencia muy directa a las “situaciones límite” aquellas de las que el propio Carl Schmitt decía que para la ciencia política son como el milagro para la Teología.

La revisión de Marx que Weber se propone, una revisión metódica, que parte de reconocer la validez de su concepción de la génesis del capitalismo. Bordar sobre lo ya tejido: algo muy claro en la Historia Económica General (reconociendo a la vez el carácter fragmentario del texto, y los defectos que se le han añadido en las traducciones al español) aun cuando algunos de los epígonos se propongan contraponerlos.

Y en cuanto a la religión misma, ya comparando, una muestra de la sensibilidad de Radkau, y de su atinado acercamiento al estado de la discusión

en el ámbito de la sociología, se encuentra en el modo en el que capta las diferencias entre Durkheim y Weber respecto de la cuestión religiosa, de cómo se concibe la religión en sí en tanto que sistema de creencias. Si comparten la predilección por el estudio de las religiones, Weber no se circunscribe a su funcionalidad; está siempre dispuesto a dilucidar y confrontar las ideas teológicas en sí mismas y atento a lo que de necesidad profunda hubiera en la creencia. Por lo demás mientras Durkheim se inclina por estudiar “las formas elementales”, Weber se decide por lo más complejo y sus derivaciones más contemporáneas. La postura analítica tras esas preferencias, y el trasfondo teológico presente en la respectiva formación de cada quien, están bien entendidos y expuestos.

El soporte biográfico de su modo de entender la burocracia, y aún una burocracia como la alemana, modélica en más de un sentido, la anticipación que se encuentra en sus escritos de la irónica Ley de Parkinson, es decir de la tendencia al crecimiento incontrolable del aparato administrativo, burocrático, y su propensión a una irracionalidad creciente, los referentes históricos pero también los existenciales para captar dicha ambivalencia se registran y se exponen de una manera adecuada al profano, y suficiente de cara al especialista.

Tiene tanto de ancho como de largo el modo de entender la condición femenina de la época y al feminismo como una manifestación incipiente. Se infiere de todo lo narrado que en suma Max fue un buen cónyuge, y que hubo un buen acompañamiento de su parte al trabajo hoy antológico de Marianne sobre la mujer y su conformación en las figuras jurídicas de la ciudadanía moderna, hasta el punto que se pudiera hallar algo de su impronta. En tanto que su influjo en las alumnas, está apenas aludido, la relación inversa sí se explora y documenta, de Mina Tobler por ejemplo se realza el homenaje explícito que hiciera Weber a su contribución para ilustrar la racionalización en la música, que los lectores menos atentos de *Economía y Sociedad* pudieran pasar por alto.

A la vez se demuestra de manera fehaciente la excesiva injerencia de Marianne en lo que resultó siendo un *collage* arbitrario, es decir la versión inicial de *Economía y Sociedad*, algo en lo que hoy por hoy todos los especialistas coinciden, y basta el cotejo elemental con la edición más reciente, todo ello se narra y hasta cierto punto se explica, por las circunstancias vitales de esos últimos años.

Hay coincidencia en sus observaciones a partir de dos visitas a los Estados Unidos, con la interpretación tocquevilliana de las singularidades de la democracia norteamericana: sobre todo en cuanto pondera la red de asociaciones voluntarias que está en su base, pero también en cómo percibe sus defectos, para el caso el clientelismo así como varias formas de fanatismo e intransigencia.

Ni un ápice de antisemitismo se puede hallar en Weber, todo lo contrario, su respeto por el judaísmo, su estudio del hebreo y arameo para profundizar y acometer esa otra obra inconclusa El judaísmo antiguo pero también su razonamiento lógico respecto del sionismo: quien se aísla de los demás por considerarse un pueblo elegido, será también marginado por otros.

De este relato vital otro atributo intelectual sobresale en su caso, y un talento nada desdeñable: el periodístico, medido en la cantidad y calidad de artículos que escribió para distintos periódicos. No escatimó Weber oportunidad alguna de expresarse mediante la prensa escrita, revistas de distinto género- incluso Revistas “para señoras” y periódicos; cultivó las relaciones con los dueños y directores de periódicos, se hizo a una lenguaje para ello con destino al gran público. Y se comprometió con todo lo que contribuyese a difundir una idea, a amplificarla en un momento oportuno, en una coyuntura determinada.

Una de las afirmaciones más polémicas es aquella de que la guerra hizo sanar a Weber. (p.826) Sustentada en los hechos, sin embargo, y sugerida ya desde la primera biografía, tiene su validez. Menos conocido es en cambio el aislamiento que sufre Weber en esa misma etapa por parte de sus colegas de la Universidad de Heidelberg, la mezquindad ambiental, típica de un medio académico competitivo y la intensidad con la que se manifiesta.

Weber...¿legitimador del terrorismo?...(p.910) tomadas de manera aislada, sus caústicas afirmaciones sobre Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht y el modo en que fueron asesinados, podrían parecerlo, pero sus concepciones sobre el uso de la violencia, públicas y privadas, son suficientemente explícitas.

Y la recurrente polémica sobre la Constitución de Weimar y el grado de su participación en ella: en asuntos constitucionales Weber sería rousseauiano, hasta ese fundamento teórico podría rastrearse la concepción de la voluntad general aplicada a la idea de lo que es una Constitución, y hay suficientes referencias y pistas para ello. Es entonces un demócrata, pero no necesariamente un liberal, aunque se afiliara a lo que era el partido liberal de la

Alemania de entonces. De nuevo para aclarar esa diferencia analítica Carl Schmitt nos resulta indispensable.

En cuanto a las grandes cuestiones metafísicas, Weber al final de su vida adopta el tono de un místico secreto que, discurriendo con Marianne, en ese plano, llega a justificar el suicidio-(De cómo puede ser el suicidio una acción honorable, pp. 959-960)

Difícil de explicar su temprana consagración como autor, su práctica entronización en los Estados Unidos. Pero explicarse esa difusión y esa prevalencia en los medios académicos norteamericanos y anglosajones es una de las motivaciones de este trabajo. Por qué Weber llega a tal reconocimiento, en tanto que otros autores más sistemáticos, con un mayor grado de elaboración y menos fragmentarios (digamos, en cuanto a la gran cuestión de la ética protestante Sombart o Troeltsch, cuyas obras íntegras, fueron conocidas y traducidas al inglés casi al mismo tiempo) apenas son recibidos y descubrir que no solo se debe a la observación directa (las observaciones que contiene *La Ética...* que fueron tomadas de sus viajes a los Estados Unidos) ni la afinidad ideológica sugerida arriba (la versión simplificada que exalta o sanciona aprobatoriamente la simple moral burguesa: “no hay premio sin trabajo”..etc.) tampoco la pretendida refutación de Marx (que no es tal, como se ve) sino la audacia de la tesis, la fuerza polémica que contiene y el grado de penetración en el asunto mismo. Desde 1905 la seguimos discutiendo. Y que sin proponérselo, su argumento central resulta a tono con un período de consolidación y de gran expansión, del capitalismo norteamericano, en suma de su predominio.

Habiendo hecho la lectura de Radkau, y habiendo tomado las notas anteriores, me encuentro con la reseña de ese libro en la Revista Colombiana de Sociología. A juzgar por su estudio introductorio de la nueva versión al español de la Ética protestante.. y por lo que escuchamos de él en el pasado Congreso colombiano de Sociología en Cali, Gil Villegas es un gran traductor, un conocedor profundo de la obra íntegra de Weber en su lengua original. Pero como reseñista es injusto, en sus juicios sobre Radkau adopta un estilo de moralista para descalificar, pero sin llegar a demostrar la falta de validez de las apreciaciones que descalifica. Es voluminoso el libro, reproche que le hace Gil Villegas, pero prácticamente no hay línea perdida. No hay párrafo del que se pudiera afirmar que es superfluo En suma, nos hallamos frente a una obra instructiva, bien documentada, que muchas lecciones deja para quienes tienen como oficio la sociología.

A buen seguro la de Radkau no es la biografía definitiva. Siendo todo lo voluminosa que es, no pretende clausurar el campo; pues como dice Borges, “*El concepto de texto definitivo no pertenece sino a la religión o al cansancio*”.

*Fernando Cubides C-*

## **Sociólogo**

Egresado Universidad Nacional de Colombia. Ex Profesor de la misma.

2-IX-2012